

9. Max Weber: Razones de cuatro nombres de mujer

José M.^a González García

A Marianne Weber, como pequeño homenaje

*Este era el hombre que siempre regresa
cuando una época quiere terminar
y resume una vez más sus valores.
Existe entonces alguien que carga con todo el peso de su época
y lo arroja en el abismo de su pecho.*

*Quienes le precedieron tuvieron penas y alegrías;
pero él no siente más que la masa de la vida
y que abarca todo como una cosa;
sólo Dios permanece lejos y por encima de su voluntad:
por ello le ama con un odio elevado,
al ser inalcanzable.*

Con estos versos de Rilke inicia Marianne Weber la biografía de su marido, aplicando a éste las palabras que el poeta refería a Miguel Angel, el genio por encima de toda medida humana. Ciertamente los versos nos ayudan a entender la perspectiva de Marianne sobre Max, a quien considera con razón como uno de los mayores talentos de nuestra época, como un nuevo Prometeo en su desafío constante a todas las fuerzas políticas, culturales, académicas e intelectuales con la intención de mover en una dirección determinada la pesada rueda de la historia. Aunque es necesario leer el libro de Marianne Weber titulado *Max Weber. Ein Lebensbild* con una cierta distancia —sólo la apropiada después de comprender que se trata de una biografía escrita por una mujer que ha compartido su vida durante muchos años con el sociólogo, historiador, político, jurista, académico y ser humano Max Weber— la obra no sólo se mantiene en pie, sino que sigue creciendo con el paso del tiempo. Hoy es una lectura

obligada para todo el que quiera profundizar tanto en la obra como en la vida del principal sociólogo alemán de nuestro siglo. Y es que esta biografía combina de una manera ejemplar el relato de la vida íntima, relato basado en la convivencia y en innumerables cartas, con la descripción profunda de la evolución del pensamiento y de la actividad académica y profesional del biografiado.

Este crecimiento progresivo de la importancia del libro reduce cada vez más al absurdo y al ridículo aquel comentario hirientemente machista realizado por cierto catedrático de derecho en la Universidad de Heidelberg, de cuyo nombre no quiero acordarme. Cuando apareció la biografía por primera vez en 1926, ese individuo declaró que el gran valor del libro radicaba en ayudar a los contemporáneos a comprender mejor el sentido y la justificación de la vieja institución hindú que obligaba a quemar viva a la mujer en la pira funeraria del marido. Este agresivo exceso verbal puede servir también de índice, tal vez exagerado, de la polémica suscitada por el *Lebensbild*, que fue acusado de indiscreción en los medios académicos por revelar a luz pública elementos que deberían haber permanecido siempre tras el telón opaco de la vida privada. De hecho, uno de los valores importantes de este libro de Marianne es que sirvió de modelo a otras biografías intelectuales que también revelaban la profunda interrelación existente entre teoría y vida y ponían en cuestión determinados valores de la vida académica tradicional. En la polémica que siguió a la publicación del libro no todos los académicos varones siguieron los pasos del innombrable al que me acabo de referir, de suerte que un historiador de la talla y prestigio intelectual de Friedrich Meinecke defendió a Marianne contra la acusación de revelar secretos de la vida privada, ofreciendo además una lectura del drama familiar desde la óptica de la tragedia griega, en una interpretación muy acorde con el *pathos* trágico que siempre acompañó a Max Weber y que se manifiesta en muchos de sus textos sociológicos. Por otro lado, de los múltiples comentarios hechos por mujeres a la aparición del libro, quiero retener la opinión de Helene Lange, antigua presidenta de la Asociación alemana de mujeres de la enseñanza, quien escribió que, a pesar de la enorme importancia del trabajo sociológico y académico de Max Weber, a ella le resultaba más importante todavía la figura de Marianne. Y en su opinión, el *Lebensbild* hablaba —de manera no intencionada e inconsciente, pero tal vez por ello más insistentemente— mucho sobre las mujeres; y no sólo sobre el mundo íntimo de la propia Marianne, sino de una manera espe-

cial acerca de la extraordinaria figura de Helene Weber, la madre del sociólogo, quien jugó un papel muy importante en la vida de éste y también, por tanto, lo juega en el libro ¹. De hecho, cabría decir que el triángulo madre-esposa-hijo es uno de los ejes vertebradores de la biografía de Weber escrita por Marianne y que la relación de ésta con la madre de su marido es siempre más una relación de hija adoptiva que la habitual en estos casos. Como señala Günther Roth, la atención que Marianne presta a la descripción de los conflictos familiares, generacionales y entre varones y mujeres, expresa que la biografía no está escrita sólo como el trabajo de una esposa sobre un «gran hombre», sino también desde la perspectiva de una feminista preocupada por la liberación de las mujeres. Y desde esta doble perspectiva de trabajo académico sobre Max Weber y de ensayo feminista hay que leer el libro. En palabras de Günther Roth:

Esto también explica por qué el libro tiene tres figuras centrales: la agraviada madre Helene (1844-1919), el hijo obstinado pero protector y una hija electiva que es también la esposa virginal de su hijo. De hecho, gran parte del libro se construye a partir de las cartas de Marianne a Helene, una verdadera madre superior y virtuosa de la caridad ².

Pero como veremos más adelante, junto a este triángulo explicitado por Marianne existieron otros sobre los que la biografía no nos dice prácticamente ninguna palabra, bien porque ella no llegara nunca a comprenderlos cabalmente, bien porque nadie tiene obligación de traicionar sus secretos más íntimos. Marianne guarda silencio sobre los triángulos de los que ella misma forma parte: Marianne-Mina Tobler-Max o Marianne-Max-Else. Este último triángulo fue decisivamente importante en los últimos años de la vida de Max y afectaba también a la amistad de Marianne con Else Jaffé-von Richthofen, amistad mantenida durante décadas en vida de su marido y que dura hasta la muerte de la propia Marianne en 1954. Y tampoco nos dice nada sobre otras relaciones triangulares que también tuvieron lugar ante sus ojos, como la rivalidad entre

¹ Otros testimonios acerca de la recepción de la biografía pueden verse en el artículo de G. ROTH: «Marianne Weber and her circle», publicado como introducción a la segunda edición de la traducción inglesa del libro de Marianne WEBER: *Max Weber: A Biography*, New Brunswick (USA) and Oxford (UK), Transaction Books, 1988, pp. XV-IX. Sobre este tema, cfr. especialmente pp. XLIV-XLVII.

² *Ibidem*, p. XIX.

Max y su hermano Alfred —el sociólogo de la cultura permanentemente eclipsado por su hermano mayor y en cierta medida dolido por ello— por lograr la atención de Else, o la otra posible rivalidad de Max con Otto Gross por la misma mujer. Tal vez tenga razón Günther Roth cuando recalca en este contexto el valor de la solidaridad de las mujeres frente a las conflictivas relaciones de enfrentamiento y rivalidad:

En último término, es la solidaridad de las mujeres entre sí, Helene y Marianne, Marianne y Else, solidaridad que se extiende a algunas otras mujeres a lo largo de una vida de leal amistad, lo que triunfa sobre los dilemas morales y sobre la fragilidad humana ³.

Hace unos años, nos recordaba Ingrid Gilcher-Holtey que los cuatro libros más importantes de Max Weber están dedicados a cuatro nombres de mujer. *Economía y sociedad* a Helene Weber y los tres volúmenes de los *Ensayos de Sociología de la religión* a Marianne, Mina Tobler y Else Jaffé-Richthofen, por este orden. En su artículo «Max Weber und die Frauen», Ingrid Gilcher-Holtey afirmaba que el día 7 de junio de 1920, una semana antes de su muerte, Max Weber comunicaba a una amiga las dedicatorias que deberían llevar los libros que se encontraban en prensa, así como los que seguirían después. Pero de hecho, en la biografía, parece claro que Max le comunica a Else las dedicatorias de los dos libros en prensa, uno para Helene y otro para Marianne, debiendo ser lo último una sorpresa para ésta. De la dedicatoria de los otros dos volúmenes de la *Sociología de la religión* nada se nos dice en la biografía. Como es bien sabido estos dos volúmenes fueron publicados póstumamente, al igual que otros libros de Max Weber, gracias a la infatigable labor desarrollada por Marianne. Y bien sea que las dedicatorias a Mina Tobler y a Else de los volúmenes segundo y tercero de la *Sociología de la religión* se base en una iniciativa de Max respetada escrupulosamente por Marianne —como afirma Ingrid Gilcher-Holtey— o bien se deba a la iniciativa de la propia Marianne como editora de los libros de su marido —según afirma Günther Roth— el hecho es que los cuatro libros fundamentales, resultado principal de las líneas de investigación de Max Weber, están dedicados a las cuatro mujeres que jugaron los papeles más significativos en su vida.

³ *Ibidem*, p. XIX.

Cada uno de los apartados siguientes estará dirigido a dar razón de uno de esos nombres de mujer, explicitando el porqué de dichas dedicatorias, justamente las únicas existentes en la inmensa obra de Max Weber. Al hilo de los cuatro nombres de mujer quiero reflexionar sobre el feminismo y las relaciones entre los géneros en la obra sociológica de Max Weber, de manera que cada uno de los nombres de mujer no sólo se refiere a personas reales de carne y hueso, sino que también simboliza una problemática. Y lo que me interesa no son tanto los pormenores de las relaciones de Max Weber con las cuatro mujeres de su vida, sino la conexión entre vida y teoría, cómo se construye la teoría sociológica a partir de las complejidades de las relaciones reales, cómo la trama compleja de la vida —y recuérdese que la palabra *Weber* significa en alemán precisamente «tejedor»— aparece transmutada en los planteamientos teóricos. En el fondo pienso que tenía razón Goethe cuando afirmaba que toda teoría resulta gris, mientras que verde es el árbol dorado de la vida.

Casi todos los textos de Max Weber que voy a citar pertenecen a los últimos años de su vida y en ellos se deja entrever más fácilmente el carácter autobiográfico. Parecería así que en la madurez fuera más sencillo teñir los grises de la teoría con los colores verdes y dorados del árbol de la vida. Me interesa recalcar además que los textos en los que me baso no son marginales, sino que ocupan un lugar central en la sociología weberiana. Las dos conferencias pronunciadas en Munich durante el invierno revolucionario de 1918 a 1919 (*Politik als Beruf* y *Wissenschaft als Beruf*) son sus escritos más famosos y el breve texto de la *Zwischenbetrachtung* es una clave de bóveda para la interpretación de todo su pensamiento. Esta última *Consideración intermedia* titulada «Teoría de los estadios y direcciones del rechazo religioso del mundo» es un texto sucesivamente revisado y vuelto a trabajar por Max Weber y del que ofreció tres versiones. La primera, escrita en 1911, se incorporó a *Economía y sociedad* bajo el título «Ética religiosa y mundo»; la segunda versión apareció como artículo en el *Archiv* en noviembre de 1915; y la tercera y definitiva fue escrita en 1920 para incorporarla al final del primer volumen de los *Ensayos de Sociología de la religión*, como gozne entre el capítulo sobre el confucianismo y los estudios sobre la religiosidad india que forman el segundo volumen de dicha obra. Según Wolfgang Schluchter, la *Zwischenbetrachtung*, junto con la Introducción general a los *Ensayos de Sociología de la religión*, constituye la conexión interna y externa más importante entre los dos grandes proyectos de investigación

de Max Weber: *Economía y sociedad*, por un lado, y los estudios sobre la ética económica de las grandes religiones universales, por otro ⁴. Además, autores como Arthur Mitzman, Martin Green y Stephen Kent, entre otros, han insistido en el carácter autobiográfico de las reflexiones de Max Weber sobre erotismo y matrimonio contenidas sobre todo en la *Zwischenbetrachtung* y también, aunque en menor grado, en las dos conferencias citadas ⁵.

1. «A la memoria de mi madre Helene Weber, de soltera Fallenstein, 1844-1919»

Nueve meses después del duro golpe sufrido a causa de la muerte de su madre y una semana antes de su propio final, Max Weber decide la dedicatoria de *Economía y sociedad*. Helene procedía de una familia de comerciantes y había sido educada en una estricta tradición religiosa en la que la preocupación social por la justicia primaba sobre el característico cultivo de la interioridad propio de la tradición luterana alemana. De hecho, mantuvo durante toda su vida una gran actividad exterior en el intento de solucionar las consecuencias sociales derivadas de los problemas de la acelerada industrialización y consiguiente urbanización sufrida por la Alemania de la *Gründerzeit*. Casada en 1863 con Max Weber padre, con quien tuvo ocho hijos —aunque dos de ellos murieron de corta edad—, tuvo siempre un gran rechazo hacia el sexo, tal vez por haber sufrido a los dieciséis años un intento de seducción por parte de su viejo profesor de historia. Sea por su profunda inclinación religiosa o por este episodio juvenil, lo cierto es que, como señala Marianne,

los aspectos físicos del matrimonio no fueron para ella ninguna fuente de gozo sino un pesado sacrificio, y al mismo tiempo *pecado*, únicamente justificable por la procrea-

⁴ Cfr. W. SCHLUCHTER: *Religion und Lebensführung*, vol. II, Frankfurt, Suhrkamp, 1988, p. 65. Véase todo el capítulo de esta obra dedicado a la interpretación de la *Zwischenbetrachtung*, pp. 62-106.

⁵ Cfr. los libros de A. MITZMAN: *La jaula de hierro. Una interpretación histórica de Max Weber*, Madrid, Alianza, 1976, y de M. GREEN: *The von Richthofen Sisters. The Triumphant and the Tragic Modes of Love*, New York, Basic Books, 1974, así como el breve artículo de S. KENT: «Weber, Goethe, and William Penn: Themes of Marital Love», *Sociological Analysis*, 46/3, 1985, pp. 315-320.

ción de los hijos. Por ello, en medio de la alegría juvenil, anhelaba a menudo la vejez como la época de liberación de ese «servicio» ⁶.

Pronto descubriría Helene la profunda incompatibilidad de caracteres entre ella y su marido. La muerte de una hija de cuatro años, que se sumaba a la pérdida de otro niño ocurrida una década antes, culmina el apartamiento. Mientras que Max Weber padre, inicialmente afectado por la pérdida, recupera rápidamente su alegría de vivir habitual, Helene se da cuenta de su soledad y de su dolor. De nuevo en palabras de Marianne:

Lo que se había ido fraguando en ella durante mucho tiempo, emergía ahora al plano de la conciencia: se hacía claro el hecho de que el amor de su juventud estaba hecho de una esencia espiritual bien diferente de la suya, y que ni ella ni el destino le podían cambiar. Y a pesar de su tendencia a la modestia y al desprecio de sí misma, aplicaba instintivamente patrones muy estrictos a la vida emocional de los demás, a los que su marido no se puede ajustar. Helene se ocultó tras un velo de renuncia y soledad interior, comenzando así un imparable alejamiento de su marido ⁷.

Este alejamiento fue además aumentado por el despotismo patriarcal típico de la familia burguesa de la época, despotismo que Max Weber padre ejercía estrictamente. En esta tesitura familiar, el joven Max tenía que elegir entre dos mundos de valores contrapuestos. Y, aunque su primera elección cayó del lado de la identificación con el padre, pronto cambiaría hacia el mundo valorativo representado por su madre. Sin embargo, la ruptura radical entre padre e hijo no se produciría hasta muchos años después, cuando este último era ya catedrático en Heidelberg. En efecto, durante una visita que los padres realizan en 1897 a Max y Marianne en Heidelberg, la ira contenida durante décadas de sometimiento a la autoridad paterna se desata en la defensa apasionada de la libertad de la madre frente al despotismo con que su esposo quiere reglamentarle la vida. Como consecuencia de la agria discusión, Max Weber acaba echando de casa a su padre y haciéndole regresar a Berlín, mientras la madre se queda en Heidelberg. La muerte del padre, ocurrida siete semanas después de esta violenta discusión,

⁶ Marianne WEBER: *Max Weber. Ein Lebensbild*, Tübingen, Mohr, 1984, p. 32. (En adelante citaré esta obra como *Lebensbild*.)

⁷ *Ibidem*, p. 40.

es —junto al exceso de trabajo al que había sometido su vida durante décadas— el origen de la profunda depresión psíquica («descenso a los infiernos», llega a definirla Marianne) que mantiene a Max Weber postrado y sin poder prácticamente ni leer ni escribir durante los años del cambio de siglo, desde 1897, y con pequeñas intermitencias, hasta 1903.

La rebelión real contra el padre había sido precedida por una rebelión teórica en la polémica mantenida conjuntamente con Marianne a favor de la igualdad de derechos entre los cónyuges en el matrimonio. Esta lucha es consecuencia directa de su vivencia durante largos años en la casa paterna y de su identificación con la madre en el enfrentamiento con el autoritarismo patriarcal de la familia burguesa tradicional que él mismo había experimentado en propia carne. Así pues, la lucha de Max y Marianne por la igualdad entre varones y mujeres en todas las facetas de la vida —económicas, legales, políticas, sexuales y educativas— tiene su origen en la propia experiencia.

Ambos adoptaron una perspectiva no socialista dentro del movimiento feminista, pues pensaban que la expansión del mercado capitalista y la correspondiente «racionalización» de las esferas jurídicas y culturales podían conducir por sí mismas a la desintegración de la familia patriarcal burguesa y a la emancipación de las mujeres. Pero no son tampoco tan optimistas como para pensar que el proceso de racionalización occidental con el desarrollo de la economía capitalista y del estado burocrático moderno sea una panacea. Más bien piensan que las tendencias racionalizadoras no representan una nueva esfera de valores, sino más bien un ámbito de relaciones humanas petrificadas y carente de valores.

Por otro lado, tanto Marianne Weber en su libro *Ehefrau und Mutter in der Rechtentwicklung* como Max en *Economía y sociedad* y en *Historia económica general* argumentaron en contra de las teorías socialistas entonces todavía en boga acerca del matriarcado primitivo y de la evolución del matrimonio. A partir de un estudio detallado de las teorías de Bachofen y Engels, llegaron a la conclusión de que la teoría del matriarcado primitivo era un «ingenioso error» a la luz de los datos antropológicos nuevos disponibles a finales del siglo XIX. Y frente al mito del «matriarcado primitivo» intentaron construir un contramito basado en

un «patriarcado primigenio» que hoy se nos revela a su vez carente de valor histórico y científico ⁸.

La segunda gran influencia materna consiste en la compulsión interna al trabajo profesional, en el desarrollo de una moral ascética del trabajo incesante que le acompaña durante toda su vida con la única excepción de los años más duros de su «descenso a los infiernos». Durante esta época en la que sólo encuentra alivio mediante un goetheano viaje a Italia, llega a formular que su enfermedad tiene al menos un lado bueno, al haber logrado liberarse de la «mano helada» que le obligaba a entregarse de manera desesperada al trabajo científico. Y no es mera casualidad que los ensayos sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* se encuentren entre los primeros artículos que escribe después de su larga depresión nerviosa. Es un ajuste de cuentas con determinados elementos de su personalidad entre los que se halla el ascetismo del trabajo profesional que le había marcado hasta entonces y que, tal vez de una manera algo diferente, le seguiría marcando en adelante.

Por último, también deriva de Helene la extensión de una moral ascética hacia otras esferas de la vida, como la sexual. El dominio racional de las pasiones que en el caso de la madre aparece religiosamente fundamentado, es heredado por Max en una versión ya secularizada, pero igualmente intensa. Como botón de muestra sirvan unas breves palabras de la carta de Max en que se declara a Marianne, una extraordinaria carta de amor que, sin embargo, en ocasiones más parece una petición de renuncia a la pasión en aras de la racionalidad. Max se refiere a su esfuerzo constante desde la primera juventud para «domar las pasiones elementales que la naturaleza había depositado en mí» y le aconseja a Marianne: «cuando se te rebelen los afectos debes dominarlos para poder conducirte a ti misma con una mente serena» ⁹. La conducción ascética, racional y metódica de la propia vida —uno de sus temas de investigación en el ámbito de la sociología de las religiones mundiales— se convierte en un tema central para Max Weber también en el campo de las relaciones con su mujer, relaciones basadas en una idea ética de la res-

⁸ Véase el artículo de J. J. R. THOMAS: «Rationalization and the Status of Gender Division», en P. Hamilton (ed.), Max WEBER: *Critical Assessments*, vol. 2, London, Routledge, 1991, pp. 342-354.

⁹ Marianne transcribe toda la carta en el *Lebensbild*, pp. 187-190.

ponsabilidad mutua a la que quedaba subordinada la relación erótica, si es que no se suprimía por completo. Pero en cualquier caso, frente al modelo del despotismo patriarcal de la generación burguesa de sus padres, la relación matrimonial entre Max y Marianne se basaba en una pretensión de igualdad entre los dos.

2. «A Marianne Weber, 1893 “hasta el *pianissimo* de la postrera edad”»

Con estas palabras, que constituyen seguramente la más bella dedicatoria contenida en un libro de Sociología, reconoce Max Weber su deuda con quien fue su mujer desde 1893, fecha del compromiso matrimonial, hasta el final de su vida; como ya he dicho antes, la dedicatoria fue hecha una semana antes de su muerte cuando se encontraba ya gravemente enfermo.

Desde una perspectiva feminista resulta mucho más importante la figura de Marianne Weber que la de su marido, a pesar de que ella misma en alguna ocasión dijera lo contrario. También como figura pública fue durante muchos años más conocida que él. A este respecto cuenta una anécdota interesante ocurrida en Heidelberg en 1908. Después de una reunión política en la que Max Weber había hablado con especial pasión y fuerza, un paisano le pregunta a otro en el dialecto de Baden: «¿quién es ese Max Weber?». A lo que el otro le responde también en dialecto: «Ah, no es más que el marido de Marianne.»

No puedo detenerme aquí a explicar la importante actividad desarrollada por Marianne dentro del movimiento feminista alemán. Sólo quiero recordar las dos vertientes de su trabajo: intelectual y organizativa. En el primer aspecto, son conocidos sus ensayos de respuesta a los planteamientos de Georg Simmel sobre la cultura femenina y también varios de sus libros, especialmente el titulado *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung* (1900) y su colección de artículos *Frauenfragen und Frauengedanken* (1919). Autora también de una autobiografía (*Lebenserinnerungen*, 1948) que habría que leer de manera paralela a la biografía de su marido, recibió un doctorado «honoris causa» en 1924 por la Universidad de Heidelberg en reconocimiento por su trabajo sociológico. Durante muchos años realizó la edición de obras póstumas de Max

Weber y controló el destino de la Sociología en Heidelberg, ya que para tener éxito académico era necesario el haber pasado favorablemente la prueba de fuego de la discusión en las reuniones semanales de su «círculo»¹⁰. En cuanto a su actividad organizadora y política sólo quiero recordar su participación en la constitución de grupos de trabajo sobre la mujer, la ayuda legal prestada a la mujer trabajadora, su contribución a la campaña por el derecho a voto de las mujeres, su elección como presidenta de la Asociación de Mujeres Alemanas y como diputada en el Parlamento del Estado de Baden. Como juicio general creo que puede mantenerse la opinión de la que se hace eco Günther Roth, según la cual Marianne fue progresista en la lucha por la igualdad de derechos de las mujeres y por la justicia social, liberal en cuanto a su consideración de los derechos individuales y conservadora en lo tocante a materias de moral sexual.

Muchos autores han insistido en que la unión de Marianne y Max Weber fue un matrimonio no consumado, en el que el sexo fue suprimido como consecuencia de un pacto de la pareja. El amor sexual se sublima en aras de una dedicación completa al trabajo profesional y también en aras de una concepción ascética y ética del matrimonio como «unión de las almas». El plano erótico queda subordinado a una ética de la responsabilidad mutua tremendamente exigente que suprime los impulsos naturales. Esta concepción del matrimonio como dominio ascético de las pasiones desde la perspectiva de la mutua responsabilidad ética tiene puntos de contacto con la ética de los cuáqueros descrita admirativamente por Max Weber en un texto en el que se repiten las palabras de la dedicatoria a Marianne.

Como es bien sabido, uno de los temas centrales de la sociología de Max Weber consiste en el estudio de la civilización occidental como un proceso constante de racionalización de todas las esferas de la vida. No me voy a referir aquí a sus análisis acerca de la racionalización de la política y de la economía a través de la construcción del Estado burocrático moderno y de la empresa capitalista. Sólo quiero señalar que esta racionalización de las esferas políticas y económicas conlleva también la racionalización de los aspectos culturales de la vida y, en concreto, en el

¹⁰ Una descripción de la actividad de Marianne Weber puede verse en el artículo ya citado de G. Roth.

tema que aquí nos ocupa, la racionalización de las relaciones entre los seres humanos en el ámbito de las relaciones entre los géneros.

La sexualidad, que podría ser fácilmente considerada como un ámbito no sujeto a leyes racionales, ha de ser reglamentada y sometida racionalmente en ese proceso de intelectualización y racionalización de la cultura en que ha consistido precisamente la historia occidental. Como estadios de dicha racionalización del amor se refiere Max Weber a la Grecia clásica, al amor caballeresco medieval, al convencionalismo renacentista del «cortegiano» y a la «cultura de salón» del siglo XVIII. El estadio actual (Weber se refiere, claro está, a los comienzos de este siglo en occidente y, en concreto, en Alemania) estaría marcado por una nueva intensificación del erotismo que se enfrenta a las formas tradicionales de justificación del matrimonio monógamo elaboradas por las religiones cristianas. Toda religión de salvación entra necesariamente en conflicto con el «mayor poder irracional de la vida, el amor sexual». De una u otra manera, el ascetismo racional extramundano (monacato católico) y el ascetismo racional intramundano (ascética profesional protestante), catolicismo y protestantismo, se dan la mano en la consideración de lo sexual como algo diabólico que pone en peligro la salvación. Y sin embargo, la burda idea religiosa del matrimonio como barrera a la pasión o como orden dispuesto por la divinidad para la criatura corrompida por la concupiscencia logra alcanzar, en algunos momentos, justificaciones positivas, basadas en una idea de responsabilidad mutua ética:

Quizá sea la ética cuáquera (tal como se expone en las cartas de William Penn a su esposa) la que mejor haya logrado una interpretación auténticamente humana de los valores espirituales y religiosos del matrimonio, superando la interpretación luterana, más bien burda, del significado del mismo. Considerado desde la perspectiva intramundana, únicamente la adhesión a la idea de la mutua responsabilidad ética (una categoría de la relación, ajena a la *específica* esfera erótica) puede servir de base al sentimiento de que puede haber algo incomparable y supremo en el decurso del sentimiento amoroso responsable y consciente, en el mutuo donarse y en el mutuo deberse (en el sentido de Goethe) «hasta el *pianissimo* de la postrera edad». La vida por sí sola lo da raras veces; aquél a quien le sea dado, que hable de la fortuna y de la gracia del destino (*Glück und Gnade des Schicksals*), pero no de sus propios «méritos» ¹¹.

¹¹ Max WEBER: *Ensayos de Sociología de la religión*, vol I, Madrid, Taurus, 1983, p. 458. He modificado ligeramente la traducción. El subrayado es mío. En *Las huellas de Fausto. La he-*

En estas últimas palabras, escritas al final de su vida, Max Weber parece estar hablando de sí mismo y es ya consciente de que la fortuna y la gracia del destino le han sido negadas. La más elevada racionalización del matrimonio como unión de dos almas a través de una ética responsable del mutuo deberse y del mutuo donarse —que era su compromiso con Marianne— no puede mantenerla ya más que teóricamente; en la práctica ha sido sustituida por la liberación de Eros. Y difícilmente hubiera podido ser de otro modo, pues desde un planteamiento religiosamente «amusical» como afirma Weber de sí mismo, resulta prácticamente imposible una legitimación del matrimonio basada en el cristianismo. La relación erótica plena, afirma Max Weber en el mismo texto, «parece proporcionar la cumbre irrebachable de la pretensión amorosa: la mutua penetración de las almas», el olvido del yo y la fusión con un tú.

Desde un punto de vista sociológico, Weber comprende el valor de la «revolución erótica» como una forma de liberación intramundana frente a un mundo cada vez mas racionalizado y administrado burocráticamente, como una forma de liberación frente a las exigencias planteadas por el ascetismo del individuo profesional moderno, ascetismo creciente que había analizado en su libro más famoso: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Dicha «revolución erótica» recorre Alemania a partir de 1906 hasta los comienzos de la Primera Guerra Mundial y pone en peligro las viejas concepciones de la sexualidad matrimonial burguesa. En una sociedad altamente racionalizada parecería que únicamente el amor sexual no sometido a reglamentaciones de carácter general podría vincular al individuo con las fuentes naturales de la vida, abriendo así una vía de escape frente a la pesada losa de las normas pretendidamente racionales:

La última intensificación del erotismo ha tenido lugar en el seno de las culturas intelectualistas al chocar con el carácter inevitablemente ascético del hombre profesional. En medio de esta situación de tensión con la cotidianidad racional, la vida sexual, ex-

encia de Goethe en la Sociología de Max Weber (Madrid, Tecnos, 1992, cap. 2) he intentado demostrar el paralelismo acerca de la concepción elevada del matrimonio en Max Weber y Goethe y el porqué de esta referencia a Goethe en el texto weberiano. La elevada concepción del matrimonio como «unión de las almas» que ambos comparten permanece en los dos casos como un ideal casi inalcanzable ya que, en palabras de Goethe, «la vida obliga a ser inconsecuente a menudo». Y cuando se consigue realizar el ideal, sólo podemos hablar de fortuna y gracia del destino y no de nuestras propias fuerzas o méritos, según afirma Max Weber en el texto citado.

cluida ya de lo cotidiano, y en especial, por ello, la extramatrimonial, podía valer como el único lazo que todavía vinculaba con la fuente natural de toda vida al hombre totalmente emancipado del ciclo de la vieja y grosera existencia campesina ¹².

Por su parte, Marianne describe en el *Lebensbild* con colores muy vivos la misma «oleada erótica» a la que se refiere Max en el texto anterior. Me parece conveniente transcribir un amplio párrafo de su descripción porque arroja luz también sobre el conflicto personal de Marianne en torno al erotismo. Tras afirmar que la gente joven impregna el ambiente de Heidelberg con nuevos estilos de vida no convencionales que hasta entonces parecían reservados a los pequeños grupos de la bohemia artística de Munich, escribe:

Los nuevos tipos, relacionados espiritualmente con los románticos, volvieron a poner en cuestión el orden «burgués» de pensamiento y vida. En nombre de la libertad personal lucharon por los viejos y nuevos ideales de conducta. Se dudaba de la validez de las normas de conducta generales; se buscaba una «ley individual» o bien se negaba toda «ley», de modo que prevaleciese el sentimiento sobre el curso cambiante de la vida. Sobre todo, este ataque a las tablas de valores recibidas trataba de liberar la ascensión de Eros. Pues la «ley» y la «obligación» exigían de él el sacrificio más palpable. ¿Qué valor podían tener las normas que tan a menudo extinguen el esplendor de la vida caliente como la sangre, reprimen los impulsos naturales y sobre todo impiden el florecimiento y fertilidad de tantas mujeres? Ciertamente, la ley, el deber, el ascetismo, todas estas ideas surgen de la demonización de la sexualidad hecha por un cristianismo que se nos ha quedado pequeño. Es mejor modelar el destino de cada uno partiendo de la naturaleza propia, dejar que las cálidas corrientes de la vida irruman, y soportar luego las consecuencias, que arrastrarse prudentemente por el árido sendero de la escalera de la moralidad ¹³.

Resultan tan bellas las palabras de la descripción de este «ascenso de Eros» que parecería que la autora se identifica con esta postura. Y sin embargo, nada más lejos de la realidad. Las veinte siguientes páginas del *Lebensbild* están dedicadas a la lucha de los-Weber contra aquellos que ponen en cuestión las firmes convicciones de la importancia de la pareja y del matrimonio, concebido éste como «comunidad de vida y responsa-

¹² *Ibidem*, p. 455.

¹³ *Lebensbild*, pp. 373-374.

bilidad mutua de los esposos entre sí y con los hijos». Y esta concepción de la estabilidad de la pareja es una norma ética de las relaciones entre los sexos, que no se puede romper en aras de una moral eudemonista que rebaje los principios morales para adaptarlos a la fragilidad del promedio de los individuos. Más bien hay que actuar al revés, manteniendo los exigentes principios de la moral e intentando realizarlos en la práctica.

De hecho, Marianne se enzarza en múltiples discusiones públicas en contra de los partidarios del «amor libre», recuerda su trabajo en el movimiento feminista, su libro ya publicado en el que refutaba las teorías socialistas sobre el origen y desarrollo del matrimonio, y describe su conferencia sobre «Principios de ética sexual» en un congreso celebrado en Estrasburgo en Pentecostés de 1907. En esta conferencia, apoyada por Max, rechaza una concepción puritana o de moralina burguesa que identificara la complejidad de la personalidad ética de los individuos con su conducta sexual; afirma que la nobleza de las personas está constituida por una multiplicidad de propiedades y de formas de actuación y que no se debe condenar a nadie que, a pesar de sus esfuerzos, no consiga realizar los elevados ideales. Así pues, comprensión de los nuevos estilos de vida, al mismo tiempo que se defienden vivamente los viejos ideales del matrimonio. La defensa de una «integridad ética» de los individuos va acompañada de un intento de entender las raíces del problema de la liberación sexual ligadas a la «cuestión social», al mismo tiempo que defiende la posibilidad del divorcio por consentimiento mutuo, la necesidad de terminar con la persecución penal de las parejas de hecho y aboga por la educación sexual de los jóvenes ¹⁴.

En este contexto de lucha contra el «relativismo ético y erótico» tiene lugar lo que podríamos denominar como el «caso Otto Gross», al que Marianne dedica bastante espacio. Se trata de un discípulo de Freud en Viena, joven psiquiatra «investido de la magia de la genialidad del espíritu» y que había ganado notoriedad a través del anuncio de una nueva «ética sexual», extrayendo consecuencias radicales de las enseñanzas de su maestro. El rechazo de la pareja estable como imposibilidad o como una mentira institucionalmente mantenida, como represión de los instin-

¹⁴ Tal vez no estaría de más, por otra parte, recordar que Marianne fue una de las primeras mujeres que leyó personalmente su discurso ante un público mayoritariamente masculino; hasta entonces, y hasta comienzos de nuestro siglo, los escasos discursos de las mujeres habían sido leídos por varones, estando las mujeres recluidas en un rincón de la sala bajo la amenaza constante de avisar a la policía ante cualquier posible alboroto.

tos naturales en su limitación a un único tú y como peligrosa para la salud psíquica de los individuos, no podía menos que levantar el rechazo de los Weber. Cuando Otto Gross envía en el verano de 1907 un artículo para su publicación en el *Archiv für Sozialwissenschaft*, Weber lo rechaza airadamente en una larga carta que dirige a Edgar Jaffé y también a la mujer de éste, Else. De su prolijo raciocinio sólo quiero retener tres argumentos: en primer lugar, su distinción entre las teorías científicas de Freud —a quien respeta y cuyas obras principales conoce directamente— y las vulgarizaciones de su obra como la realizada por Otto Gross. En segundo lugar, se rebela directamente contra lo que llama despectivamente «ética psiquiátrica» consistente en rebajar los principios morales para que puedan ser cumplidos sin dificultad. En este sentido, divide todas las éticas en dos tipos: «éticas del héroe» serían aquellas éticas idealistas como la kantiana o la del viejo cristianismo que plantean exigencias serias, principios e imperativos categóricos a los individuos, mientras que «éticas del promedio» serían aquellas que rebajan las exigencias morales para que puedan ser cumplidas fácilmente por todos. Ni que decir tiene que para Weber sólo son éticas auténticas las primeras. Y por último, lo que más nervioso parece poner a Weber es la mezcla constante en el artículo de Otto Gross entre juicios de hecho y juicios de valor, el intento de derivar de la ciencia social una especie de cosmovisión «salvadora» de los individuos o de la sociedad en su conjunto. El dictamen termina en un veto radical: en una revista científica no puede publicarse un artículo que sea un sermón, y en este caso se trata, además, de un mal sermón ¹⁵.

Como colofón de su lucha conservadora contra la nueva ética sexual en ascenso, afirma Marianne en una carta a Helene Weber que han aprendido a ser más libres y a comprender mejor los problemas ajenos. Y concluye: «Todavía creemos en nuestros ideales, pero carezco ya del valor y de la

¹⁵ No deja de ser curioso observar que el rechazo que un año después hizo Freud de su discípulo Otto Gross se basa en un argumento similar al de Max Weber. En 1908, en el Congreso Internacional de Psicoanalistas, Freud respondió a la intervención de Gross que «somos médicos y queremos seguir siendo médicos» como objeción al intento de este último de instrumentalizar el conocimiento científico-médico en aras de una predicación moral que intentaba cambiar radicalmente la sociedad. Véase el artículo de W. SCHWENTKER: «Passion as a Mode of Life: Max Weber, the Otto Gross Circle and Eroticism», en W. J. MOMMSEN/J. OSTERHAMMEL: *Max Weber and his Contemporaries*, London, Unwin Hyman, 1987, pp. 483-498. La carta de Max Weber rechazando el artículo de Gross, puede verse en el *Lebensbild*, pp. 378-384, así como en el libro de E. BAUMGARTEN: *Max Weber Werk und Person*, Tübingen, Mohr, 1964, pp. 644-648.

alegría para trabajar por ellos». Pero Marianne generaliza incorrectamente, pues el caso de Max es diferente: aunque sigue manteniendo el viejo ideal de matrimonio como «unión de las almas», el erotismo se impone con gran fuerza en una vía paralela y a partir de 1907 comienza sus relaciones con otras mujeres. Amor-institucional y amor-pasión son vividos en dos esferas distintas y enfrentadas entre sí, en un conflicto que nunca llegará a resolverse hasta su propia muerte. Y esta lucha entre amor matrimonial y pasión da pie para introducir los dos últimos nombres de mujer en esta historia.

3. «Dedicado a Mina Tobler»

El segundo volumen de la *Sociología de la religión*, que contiene los ensayos sobre el Hinduismo y el Budismo, y que fue publicado póstumamente en 1921 bajo la labor editorial de Marianne, se encuentra encabezado por esta sencilla dedicatoria que no nos aclara absolutamente nada acerca de ese nombre de mujer. ¿Quién era Mina Tobler? Para responder a este interrogante lo mejor será recurrir de nuevo al *Lebensbild*, donde aparecen varias referencias a ella y a su amistad con los Weber.

Justo antes de referirse al «ascenso de Eros» propiciado en Munich y Heidelberg por la aparición de jóvenes artistas con un nuevo estilo de vida, Marianne cuenta que Mina Tobler fue presentada en casa de los Weber por Emil Lask, el filósofo amigo y discípulo de Heinrich Rickert, y que el temperamento artístico y las vivencias de esta mujer les proporcionaron a ambos a lo largo de una amistad mantenida durante muchos años un profundo enriquecimiento tanto humana como musicalmente. Lo cierto es que desde su conocimiento en 1907, la pianista Mina Tobler mantiene una profunda amistad con el matrimonio Weber y Max se refiere elogiosamente a sus capacidades artísticas. En 1911, refiriéndose a una velada musical celebrada en Berlín durante el invierno de 1911, escribe que «la pequeña Tobler acompañó brillantemente y tocó en el entreacto obras de Mozart y Chopin, especialmente a este último de manera maravillosa; incluso físicamente con una gracia y fuerza resolutiva que era una alegría verla»¹⁶. En el verano de 1911 acompaña Mina Tobler a

¹⁶ *Lebensbild*, p. 505. También Marianne se refiere a ella cariñosamente como «Tobelchen» o la «pequeña Tobler».

los Weber en su visita al festival de Bayreuth y ven con ella también la belleza de las ciudades de Bamberg y Würzburg. En abril de 1914 Max escribe a Marianne acerca de su viaje a Zurich donde se encuentra con Tobelchen, quien por entonces residía en dicha ciudad. Según documenta Marianne, la amistad se mantiene hasta los meses finales en Munich, donde Max, a pesar de su ritmo agotador de trabajo, se preocupa en escribirla para que le haga una visita porque sabe que ella quiere ir ¹⁷.

Resulta difícil especular acerca del carácter sexual de las relaciones entre Max Weber y Mina Tobler. Lo que sí parece cierto es la profunda atracción que ella ejerció sobre él desde que se conocieron en 1907 hasta los últimos años de su vida ¹⁸. Tal vez no sea demasiado aventurado identificar a la pianista Mina Tobler con la «joven X» a quien se refiere Arthur Mitzman y cuyo nombre no revela por razones personales tras referirse a ella como la mujer con la que Max tuvo relaciones extramatrimoniales en Heidelberg entre 1911 y 1914 ¹⁹. Por otro lado, de poca utilidad resulta la selección de las cartas de Max a Mina Tobler publicadas por Eduard Baumgarten, pues los textos escogidos poco o nada dejan entrever de esa relación a la que califica de «amistad apasionada» ²⁰. Quien sí la identifica claramente como amante de Max es Ingrid Gilcher-Holtey. En su breve artículo, afirma que Max Weber se refiere a ella en sus cartas con el nombre de Judith, que corresponde al personaje de la novela de Gottfried Keller, *Der Grüne Heinrich*. Al igual que el protagonista de la novela, se encuentra Max entre dos mujeres, atraído apasionadamente por Mina y al mismo tiempo ligado por un deber ético a Marianne. A pesar de que las dos relaciones son incompatibles, se mantienen durante muchos años una

¹⁷ Cfr. *Lebensbild*, p. 709.

¹⁸ Esta es, por ejemplo, la opinión de H. N. FÜGEN en su biografía titulada *Max Weber*, Reinbeck bei Hamburg, Rowohlt, 1985, p. 97.

¹⁹ Cfr. A. MITZMAN: *La jaula de hierro. Una interpretación histórica de Max Weber*, Madrid, Alianza, 1976, p. 244. Mitzman basa su comedido comentario en sus entrevistas con Eduard Baumgarten celebradas en Friburgo en julio de 1968. Baumgarten era el principal poseedor de los documentos personales de Max Weber, hijo de un primo de éste y amigo íntimo del matrimonio desde sus años de estudiante durante la Primera Guerra Mundial. Parte de dichos documentos fueron seleccionados y comentados por Eduard Baumgarten en su libro *Max Weber Werk und Person*, Tübingen, Mohr, 1964, libro que sigue siendo hoy una fuente importante de información sobre la vida y obra del sociólogo.

²⁰ Véanse las cartas de Max Weber a Mina Tobler en el libro de E. Baumgarten ya citado, pp. 490-497. Todas estas cartas pertenecen a los años 1915 y siguientes cuando Mina Tobler ha abandonado ya Heidelberg para regresar a su Suiza natal e instalarse en Zurich.

junto a la otra y sólo en 1917, de manera paralela a la novela, renuncia Max a Judith-Mina, pero no en favor de Marianne, sino en aras de una nueva relación todavía más apasionada con Else Jaffé-von Richthofen ²¹.

Sea como fuere, lo que me interesa destacar es el papel importante de Mina Tobler en dos direcciones. En primer lugar, en el comienzo de la retirada de Max Weber frente al racionalismo ascético mantenido anteriormente a 1907 como un valor absoluto. De hecho, Mina toma parte en las discusiones en Heidelberg en torno a las nuevas tendencias ascendentes de Erös a las que ya me he referido y sobre las que volveré en el próximo apartado. Poco a poco revisa Max Weber sustancialmente su posición de total subordinación de lo erótico frente a una ética tremendamente exigente y puritana de las relaciones sexuales. En segundo lugar, y ligado con esto, aparece una nueva valoración de los aspectos eróticos y estéticos de la existencia humana como forma de escape de un mundo obsesivamente organizado y racionalizado hacia esferas vitales más auténticas y que conectan a los individuos con las fuentes pérdidas de la vida, al mismo tiempo que evitan la «mano helada y esquelética» de las estructuras racionales que se imponen con toda su fuerza en la sociedad moderna a través del desarrollo capitalista y de la organización burocrática del Estado. El diagnóstico de Max Weber habla de las paradojas del proceso de racionalización occidental que parece arrojarlos a un mundo de relaciones humanas petrificadas y vacío de sentido. Según afirma en una de sus últimas conferencias en Munich,

El destino de nuestro tiempo, racionalizado e intelectualizado y, sobre todo, desmitificador del mundo, es el de que precisamente los valores últimos y más sublimes han desaparecido de la vida pública y se han retirado, o bien al reino ultraterreno de la vida mística, o bien a la fraternidad de las relaciones inmediatas de los individuos entre sí ²².

Frente a la «jaula de hierro» ²³ de la razón burocratizada sólo quedan tres salidas posibles: una salida a nivel político con la aparición de lí-

²¹ Cfr. el artículo ya citado de Ingrid Gilcher-Holtey, p. 151.

²² Max WEBER: *Ciencia como vocación*, en la edición castellana *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1984, 8.ª ed., p. 229.

²³ A pesar de que Max Weber no utiliza esta expresión, sino que habla de *stahlhartes Gehäuse*, «caparazón duro como el acero», me permito usarla aquí porque es la que se ha popularizado.

deres carismáticos que rompan la ceguera de la burocracia estatal y de los partidos políticos, solución que el propio Weber considera enormemente problemática; una salida hacia el reino ultraterreno de la vida mística, solución que Weber respeta cuando es vivida honestamente aunque suponga el «sacrificio del intelecto»; y una tercera salida mediante la búsqueda de fraternidad en las relaciones inmediatas de los individuos entre sí. Y en esta tercera solución juegan un papel importante los elementos eróticos y estéticos ya que la belleza y el amor son fuerzas con un gran poder irracional y que nos vinculan a las fuentes de la vida.

Volviendo una vez más a la *Zwischenbetrachtung* nos encontramos con la contraposición que Max Weber establece entre el arte y la religión de salvación. Aunque ésta ha utilizado tradicionalmente al arte para transmitir su mensaje religioso, el desarrollo del intelectualismo y de la racionalización de la vida modifica la situación, hacia la constitución de una esfera estética autónoma:

Entonces el arte se constituye en un cosmos de valores específicos, cuya autonomía se percibe de forma cada vez más consciente. El arte adopta de algún modo la función de una *redención* intramundana: redención de la cotidianidad y, sobre todo, de la presión creciente del racionalismo teórico y práctico ²⁴.

Así pues, existe un cierto paralelismo entre erotismo y arte —y Weber habla de la preeminencia del arte íntimo frente al monumental como característica de su época— en la medida en que ambos propician una salida intramundana a la racionalización de la vida moderna. La solución artística —tal vez también la conjunción entre erotismo y arte— está representada simbólicamente por Mina Tobler. A las conversaciones con ella y a su influencia directa debe Max Weber su ocupación con la música a partir de 1911. De hecho escribe el primer ensayo sociológico sobre la música y lo hace —no podía ser de otra manera— desde la perspectiva de las peculiaridades de la racionalidad occidental. En el prólogo a la segunda edición de *Economía y Sociedad*, donde aparece integrado por primera vez el ensayo sobre la música publicado inicialmente como un librito, escribe Marianne que parecía obligado incluir dicho trabajo

²⁴ Max WEBER: *Ensayos de Sociología de la religión*, vol. I, ed. cit., p. 452.

sobre la música en la obra sociológica de Max Weber con la que tiene mayor conexión, aunque sea indirecta. Y añade:

Constituye la primera piedra de una sociología del arte que el autor tenía en proyecto. Lo que en la primera investigación de las construcciones musicales del Oriente y del Occidente le impresionó ante todo fue el descubrir que también y precisamente en la música —el arte que al parecer fluye con mayor pureza del sentimiento— juega la razón un papel tan importante, y que en su peculiaridad occidental, lo mismo que la de la ciencia y de todas las demás instituciones estatales y sociales en dicha área, se halla condicionada por un racionalismo de naturaleza específica. Durante su estudio de esa esquivia materia comentaba en 1912 en una carta: «Es probable que escriba algo acerca de ciertas condiciones *sociales* de la música, a partir de las cuales se explica que *sólo nosotros* poseamos una música “armónica”, siendo así que otros círculos de cultura tienen un oído mucho más fino y una educación musical mucho más intensa. Y, ¡cosa curiosa!, es, como habremos de verlo, una obra de los monjes ²⁵.

De esta manera, la música es conceptualizada desde una doble vertiente: por un lado, como un resultado típico de la específica racionalidad occidental y, por otro, como una vía de escape de los efectos indeseables generados por el mismo proceso, como una forma de retención intramundana frente a la presión creciente de la racionalización de todas las esferas de la vida. Y en esta doble conceptualización jugó un papel importante la relación de Max Weber con la pianista y profesora de música Mina Tobler.

4. «Dedicado a Else Jaffé-Richthofen»

Esta escueta dedicatoria abre el volumen tercero de la *Sociología de la religión*, que trata del judaísmo antiguo y que también fue publicado póstumamente por Marianne. Else Jaffé, de soltera von Richthofen, fue una de las representantes del movimiento de liberación propiciado por el «ascenso de Eros» al que se enfrentaron los Weber. Pero en contraste con este enfrentamiento, fue también la mejor amiga íntima de Marianne a lo largo de seis décadas y la amante apasionada de Max du-

²⁵ Marianne WEBER: prólogo a la segunda edición de la obra de Max WEBER: *Economía y sociedad*. Cito por la versión castellana publicada en México, FCE, 1974, pp. XXIII-XXIV.

rante los últimos años de la vida de éste. Aunque la relación amorosa comienza a partir de 1917, existía una larga amistad previa que se remontaba a más de dos décadas atrás. De hecho, Else había sido la primera mujer estudiante de doctorado con Max Weber en los años en que éste se encontraba todavía en la Universidad de Friburgo. Colaboradora de Marianne en el movimiento feminista, Else fue la primera mujer en obtener en 1900 el cargo de inspectora de fábrica en el Estado de Baden. Su vida afectiva constituyó varios triángulos amorosos, en los que Max fue en ocasiones uno de los vértices. En 1902 se casó con Edgar Jaffé, quien al año siguiente compró el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* ofreciendo a Max Weber, junto con Werner Sombart, la dirección colegiada de la revista con la intención de proporcionarle una nueva actividad que le sacase de la depresión psicológica que le impedía trabajar. Además, entre 1907 y 1917, Else había sido también amante de Alfred Weber, el hermano de Max, así como de Otto Gross, el discípulo de Freud predicador de la revolución sexual y que había intentado infructuosamente publicar un artículo en el *Archiv*.

Else Jaffé-von Richthofen representa en la vida de Weber el papel de símbolo del amor pasión que rompe todas las barreras institucionales. Y, sin embargo, la pasión hacia Else no destruye la relación con Marianne. Diversos autores han llamado la atención de un pasaje de *Politik als Beruf* en el que Max Weber refleja probablemente también su propia experiencia y su forma de afrontar «caballerosamente» el destino de sus relaciones con Marianne y Else:

Raramente encontrarán ustedes a un hombre que haya dejado de amar a una mujer para amar a otra y no se sienta obligado a justificarse ante sí mismo diciendo que la primera no era digna de su amor, o que lo ha decepcionado, o dándose cualquier otra «razón» por el estilo. Esto es falta de caballerosidad. En lugar de afrontar simplemente el destino de que ya no quiere a su mujer y de que ésta tiene que soportarlo, procediendo de modo muy poco caballeroso trata de crearse una «legitimidad» en virtud de la cual pretende tener razón y cargar sobre ella las culpas, además de la infelicidad ²⁶.

²⁶ Max WEBER: *Gesammelte Politische Schriften*, editadas por J. Winckelmann, Tübingen Mohr, 3.^a ed., 1968, p. 548. Cito por la traducción de F. Rubio Llorente en Max WEBER: *El político y el científico*, ed. cit., pp. 157-158. En el *Lebensbild* (pp. 392-393) recoge Marianne un texto bastante similar, por lo que cabe sospechar que se trate de una idea repetida por Max Weber, no sé si obsesivamente.

El contraste entre amor-matrimonial y amor-pasión, entre orden y desorden amoroso, entre reglamentación y sentimiento espontáneo, entre ascetismo sexual y erotismo es teorizado por Max Weber. Aunque sigue manteniendo como ideal la concepción elevada del matrimonio como «unión de las almas», parecería que «la fortuna y la gracia del destino» son escasas, reparten sus dones avariciosamente entre el común de los mortales y el ideal raras veces se hace realidad. La idea del matrimonio derivada de la ética religiosa es contrapuesta por Weber en la *Zwischenbetrachtung* con el erotismo como dos polos opuestos de interpretación de la vida. Para la ética religiosa,

el carácter apasionado del erotismo es en sí una indigna pérdida de autocontrol y de orientación, ya hacia las normas de la razón querida por Dios, ya hacia la «posesión» mística de lo divino. En cambio, para el erotismo la «pasión» auténtica constituye en sí misma la ejemplificación ideal de la *belleza* y su rechazo es una blasfemia ²⁷.

La pasión amorosa y la religión de salvación se contraponen mutuamente. Tal vez se trate también aquí, siguiendo las metáforas weberianas, de una lucha eterna de dioses antagónicos entre los que el individuo no tiene más remedio que elegir, que decidir por sí mismo cuál es su dios y cuál su demonio. Pues erotismo y religiosidad de salvación se rechazan y malinterpretan siempre:

Ninguna comunidad erótica plena se sentirá fundada de otro modo que por una arcaica *predestinación* mutua, por el *destino* en el más alto sentido de la palabra, y sólo así se sentirá «legitimada» (entendido el término sin connotación ética alguna). Sin embargo, para la religión de salvación tal «destino» no es más que el puro azar del enardecimiento de la pasión. La obsesión patológica, la idiosincrasia y la pérdida de medida y de imparcialidad objetiva que produce tienen que parecerle la negación más completa del amor fraternal y de la servidumbre a Dios. La euforia del amante feliz, sentida como «bondad» y la amistosa necesidad de poner buena cara a todo el mundo y de contagiarlos en un afán de repartir felicidad, choca siempre con la fría mofa de la ética radical genuinamente religiosa de la fraternidad ²⁸.

²⁷ Max WEBER: *Ensayos sobre Sociología de la religión*, vol. I, ed. cit., p. 457.

²⁸ *Ibidem*, p. 457. Además, Weber se refiere a la contraposición entre erotismo y religión de salvación en la obra temprana de Tolstoi, sobre todo *Guerra y paz*, y en Nietzsche, pues sus análisis de *La voluntad de poder* están en consonancia con esto.

Las reflexiones de Weber sobre erotismo y matrimonio reflejan sus sentimientos y conflictos más íntimos, forjados en la contraposición entre la relación ascética con su esposa Marianne y las relaciones eróticas con su amiga y antigua discípula, Else Jaffé. Matrimonio y erotismo son vividos en dos mundos diferentes y en relaciones contrapuestas respecto al proceso de racionalización. La regulación matrimonial de la sexualidad aparece como funcional dentro de un proceso de racionalización constante de todas las relaciones humanas, mientras que la vivencia erótica no es fundamentable racionalmente, ni reducible a conceptos, ni comunicable por medio alguno y, en este sentido, tiene una afinidad con las experiencias más irracionales de «posesión mística». En este contexto continúa escribiendo Max Weber:

El amante se siente injertado en el núcleo de lo auténticamente viviente, que es inaccesible a todo esfuerzo racional, y se sabe sustraído tanto a las frías manos esqueléticas de las estructuras racionales como al embotamiento de la rutina cotidiana ²⁹.

Entre la conducción racional y metódica de la vida y el amor sexual como fuerza liberadora de los agobiantes lazos de la razón existe un abismo ante el que no cabe más que la decisión personal. La muerte hurtó tal decisión personal en el caso de Max Weber. Aunque acepta en junio de 1919 la cátedra de Munich, entre otras cosas, porque allí vivía Else y Marianne había de permanecer en Heidelberg debido a su nombramiento como diputada de la Asamblea constituyente del Estado de Baden, hay otro acontecimiento que pudo haber cambiado la situación. En efecto, el suicidio de Lili, hermana de Max y cuyo marido había muerto en la guerra, deja cuatro niños pequeños; el matrimonio Weber decide la adopción de los sobrinos, lo cual tortura a Max con el interrogante de si a su edad sabrá hacer el papel de padre. De hecho, Marianne retrasa la llegada de los niños y ésta ya no tendría lugar en vida de Max. A comienzos de junio de 1920, lo que parecía un simple resfriado sin importancia se va complicando hasta convertirse en la grave pulmonía que le llevaría a la tumba.

Max muere en compañía de las dos mujeres. Aunque Marianne sólo transcribe en el *Lebensbild* que Max delira suavemente, sueña fantasías y cuenta aventuras no vividas, lo cierto parece ser que en los mo-

²⁹ *Ibidem*, p. 456.

mentos de delirio musita el nombre de Else. Según comenta Kent, cuando la realidad de la propia muerte muestra la irrelevancia del ascetismo intramundano, Max Weber reclama la presencia de Else, la mujer de su pasión. La pasión acaba venciendo al orden. Como última ironía del destino, Marianne muere en 1954, teniendo entre sus manos la de Else y musitando el nombre de ésta. Y, según cuentan, los tres descansan juntos en el mismo cementerio de Heidelberg.

* * *

A modo de resumen cabría decir que cada uno de los nombres de mujer a los que me he referido simbolizan en Max Weber formas distintas de relación entre los géneros. Helene simboliza la problemática relación madre-hijo, así como la lucha contra la concepción patriarcal de la familia burguesa tradicional. Marianne representa la lucha constante a nivel intelectual y práctico por la liberación de las mujeres y al mismo tiempo el intento de establecer una relación de igual a igual con el varón dentro del matrimonio concebido idealmente como «unión de las almas». Mina Tobler simboliza el intento de escapar mediante el arte, y en concreto la música, de un mundo totalmente racionalizado y burocratizado concebido como *jaula de hierro*. Y por fin, Else simboliza el «amor-pasión», el intento de injertarse a través del erotismo y de la sexualidad en el núcleo de la vida auténtica, núcleo que es —en palabras de Max Weber— «inaccesible a todo esfuerzo racional, y se sabe sustraído tanto a las frías manos esqueléticas de las estructuras racionales como al embotamiento de la rutina cotidiana».

Quisiera terminar este breve paseo por el amor y la muerte citando las emocionadas palabras con que concluye Marianne Weber la biografía de Max. En sencillas frases describe la muerte de su marido en medio de una tormenta durante un día de verano de 1920, explica cómo el tiempo parece detenerse y la vida cambia de sentido para ella, mientras reconoce el insondable secreto en que consiste siempre toda vida humana, incluso para los seres más cercanos o también para uno mismo:

El lunes 14 de junio el mundo exterior queda en silencio, sólo un pájaro silba incesantemente su nostálgica canción. El tiempo se detiene. Al atardecer exhala Max Weber su último aliento. Mientras él expira, estalla una tormenta y los relámpagos iluminan el rostro que va empalideciendo. Se transforma en la imagen de un caballero inmortal. Entonces descansa majestuosamente con un secreto impenetrable. Su semblante refleja suavidad y noble renuncia. Se ha alejado a una distancia inalcanzable. La tierra ha cambiado.